

ENRIQUE

GONZALEZ ROJO;

APOLO MUSAGETA

Federico Patán

La capacidad de arriesgar

—

Es muy satisfactorio seguir la trayectoria de un poeta como Enrique González Rojo (DF 1928). Aparte de haberse trazado un plan de "deletrear el infinito en un ciclo de 15 volúmenes, es un autor fiel a sí mismo que sin embargo cambia. Esto es palpable en *Apolo Musageta*, entrega número 13 del ciclo mencionado. En efecto Enrique se ha lanzado a una serie de experimentaciones formales sin abandono de los temas que lo identifican como poeta.

El libro inicia su cambio con un coloquio entre los tres Enriques de esta familia González Martínez, González Rojo padre y el autor comentado. El recurso es simpático y le permite a Enrique explicar el origen de su idea el desarrollo que tuvo y las muchas variantes formales introducidas en los textos como única desventaja del prólogo mencionaremos que se escamotea al lector la posibilidad del descubrimiento. Pero es obvio que Enrique buscaba impedir lagunas en la percepción de ese lector.

Vayamos a las propuestas formales. En buena medida son un regreso a las técnicas tradicionales, pero modificándolas mediante una mayor exigencia de severidad en cuanto a las formas fijas. La soberrima, por ejemplo. Es decir, "una rima

interna que se contrapuntea con la externa. Se trata del recurso más utilizado a lo largo del libro, pero no es el único. Enumeremos algunos otros, dejando a la curiosidad del lector ir al texto y ver cómo funciona: “liras duplicadas acompañadas de soberrima”, sonetos heterotónicos, cánones, cantinelas, tonalidades, variaciones, palabras telescopiadas (recurso con el Octavio Paz ya jugó en *Vuelta*), etcétera.

Los resultados son variables; y nada hay de extraño en ello. Sin embargo, los aciertos constituyen mayoría y, al término de la lectura, queda una agradable sensación de cosa nueva. Es de agradecer a Enrique tal capacidad para arriesgarse. Además, da una lección provechosa: la necesidad de volver a lo aparentemente superado y extraerle posibilidades de expresión mediante cambios e injertos. Por así decirlo, entrar en cárceles formales para alcanzar libertades no sospechadas.

Desde luego, por el lado de la temática el libro continúa exploraciones ya antiguas en Enrique. La de peso quizás mayor tiene como base una contradicción bellísima: el hombre, a partir de su barro impostergable, ansia la conquista del cielo. A esto es de agregar una línea melódica que ha ganado fuerza: aquella relacionada con la vejez, realidad sólo neutralizada cuando se piensa "que esté en su prisión de arrugas/ sólo el cuerpo". Entonces, la juventud de espíritu sigue permitiendo un erotismo de buena ley, en ocasiones -"A la mujer de mi amigo"- combinado con esa capacidad de ironía tan certera en Enrique. Como siempre en este poeta, la capacidad para crear metáforas es sobresaliente, y la música tiene una presencia constante, sea en la versificación misma de los poemas, en la estructura que se les da o en referencias directas en títulos e intertextualidades. ¿La vieja querrela con dios? Ahí está, interrogante sin respuesta verdadera, junto con

la propuesta de la pasión como guía de la existencia, como destructora de lo rutinario.

Ante el quehacer escritural de una serie de poetas jóvenes llenos de buenas intenciones, pero empantanados en el verso libre y en experiencias apenas transformadas en motivos estéticos, este libro de Enrique -el mismo de siempre y sin embargo distinto- viene a ser una de las propuestas más interesantes de las hechas en los últimos tiempos. Prueba, además, que sólo podemos rechazar las formas venidas del pasado cuando nuestro dominio de ellas sea por lo menos adecuado.

Enrique González Rojo, *Apolo Musageta*. Libros del Laberinto, 18. Universidad Autónoma Metropolitana. México, 1989, 218 pp.

Periódico “unomásuno”.

Sábado, abril de 1990.